

Artefactos Veraniegos

DOS, de uso indispensable en los días de fiesta veraniegos, eran el abanico para la mujer y el bastón para el hombre. Los chicos, aprendices de hombres, hacían sus primeras armas en el uso de estos adminículos con el alarde y la torpeza propios de toda iniciación. Las chicas, siempre más discretas, lo disimulaban mejor, pero los chicos eran el colmo de la ingenuidad los domingos, sin saber como hacer más visible su bastón de chuzo, con un sable de una vara.

Chocará a los buenos observadores que en un pueblo tan pacífico como Alcázar, en el que durante muchos años casi nadie ha llevado armas, usaran los muchachos bastón con chuzo. Todavía no se habían impuesto las armas de fuego y era medida de prudencia para andar por las tinieblas propias de la época el prevenirse con un gran alfange, puñal, faca o navaja de siete muelles. Estos eran los miedosos, porque a los templados les bastaba con la garrota o con la confianza en sus puños para hacer correr a los de la faca.

Por entonces se empezaron a usar cachorrillos, pistolones del 15 con dos cañones y el revólver Smit de cinco tiros, ante el cual se quedaba la gente con la boca abierta.

Por fortuna, aquel prurito caducó totalmente en plazo corto sin dejar huella de su paso, como correspondía a la psicología alcazareña, y sin que nadie lo haya echado de menos, pero mientras duró, a primera hora de la tarde, sobre las tres, de los domingos, empezaban a reunirse en las esquinas los mocejos arreglados, con el cinturón de bolsillos, el izquierdo para el reloj, con cadena, el derecho para el dinero, y el bastón en la mano como los hombres. Hubo un modelo negro, fino, con puño de metal blanco en forma de garrota, que se usó mucho. Al irse formando las cuadrillas se hacía examen de lo que cada uno llevaba y la comparación de los chuzos fué motivo de entretenimiento y estímulo para el ahorro del que no lo tenía y comprarse uno en la feria.

A los hombres no les faltaba su garrota o bastón y los más señoritos, (la palabra elegante no se usaba entonces) llevaban todos sombrilla y abanico, como las señoritas. Las mujeres del pueblo solo llevaban abanico, aunque desde luego cumplido, con el retrato de Reverte o de Montes y la rueda de la fortuna en los más baratos.



Sin el casticismo de la cuadrilla de los Campos, publicada en el fascículo primero, hemos hallado este grupo de corredores en el que aparecen, de pie, de izquierda a derecha, Garulla (Andrés Angora), Manuel Cartagena y Roque (José Tejero). Sentados, Bernardo Cortés y Toribio Angora, dispuestos a medir un vagón de corambre, con arreglo a los usos del tiempo.